

Relatillos - 1

La utopía de Duque
es un Cuento y los otros también lo son

Índice

La utopía de Duque	03
Mensajes	09
Recado de adiós	09
Recado de bienvenida	13
Eruditos prodigiosos con émulo	19
Reconstrucción de máximas	34
Las uvas de la zorra	34
Patrañas sobre Diógenes	40
Comadreo	43
Del ayer en la memoria	53
El brigada Yupanqui	53
Polvo milagroso	60
La Doménicas	64

La utopía de Duque

Nunca en época alguna estuvo bien visto que uno mismo dedicara su tiempo a darse jaboncillo y pregonar a los cuatro vientos las virtudes que le adornan y, claro está, mucho menos el hablar de los vicios propios, puesto que sería de lo más imbécil que pudiera hacer un ser vivo. Es más que suficiente con lo que se ve e intuye. Siempre en boga estuvo el ver la pajita en ojo ajeno e ignorar la viga en el propio; pero los tiempos cambian y ya hay también quienes piensan que echarse encima algo de basura es sinónimo de progresista, moderno, ético y ejemplar porque aquello de reconocer sus propios errores es sano y saludable, sobre todo síquicamente y especialmente cuando se hace en público y en alguna cadena de TV. La evolución es imparable. Toda una moderna panacea para el bienestar del alma y del cuerpo. En realidad, dicen otros, no puede existir majadería mayor. Mi amigo Baltasar dejó sentenciado en la primera mitad del 1600 que: no es necio el que hace la necesidad sino el que, hecha, no la sabe encubrir.

Parece evidente que para decir disparates de uno mismo y hacerlo con hipócrita disimulo se inventó la autobiografía. Sirve tanto para encubrir la soberbia con falsa humildad como para justificar el auto bombo. Cuestión de aseverar solemnemente: “Es así éste tipo de género literario. No seré yo quien dé la nota para desmerecerlo”

Los autobiógrafos, estoy comenzando las memorias de mis anhelos, somos, al menos es mi caso, de buena y repleta cartera o de excelente pedigrí; por lo general ambos detalles al mismo tiempo. También andamos algo preocupados

en esos vericuetos del que me entiendan, reconozcan y aplaudan. Es importante. No quiere esto negar que no hayamos escuchado alguna vez, e incluso aceptado plenamente, que cuando un necio debe reconocer la acción de algún disparate, en ocasiones acontece, lo haga siempre arguyendo razones de fuerza mayor. Entonces es cuando creemos y juramos públicamente que no puede ser nuestro caso.

Serviría de ejemplo citar que, tras la dictadura y muerte del General Franco, la apertura de la censura conllevó el recorte de los vestidos de la mujer hasta dejarla en cueros y ello se justificaba por una buena causa, como la creación artística de los diseñadores. Al arte no se le debe poner frenos. El despelote total de las actrices en las películas lo era por exigencias del guión y promoción del arte que encerraba el collar de perlas que, enroscado en el cuello, lucía la estrella despampanante que esa temporada estaba de moda. Todo quedaba vindicado en pro de resaltar la belleza de la joya.

Motivos para enseñar el culo siempre habrá alguno y, cuando no los haya, se recurrirá a la libertad de información. Es de vital importancia que la sociedad esté informada que el trasero de la fulanita es respingón y las tetas de tubo tienen tendencia al extra radio. Muy importante.

Bueno, pues lo proclamado hasta aquí no tiene más razón de ser que la justificación de mi auto apología. Debo comenzar, por tanto, diciendo que gracias a la compra de un ejemplar glorioso, que soy yo, con genealógico e impecable árbol, y disponiendo de una gran y enorme dehesa andaluza donde se puede tener el honor de ver entre sus pastos los más aristócratas cuernos que jamás ha habido, no en vano mi descendencia lo es del famosísimo Duque

de Veragua quien vendió mi cuerpo gentil para que me dedicara a retozar y poblar de negritos zainos, listones, ojos de perdiz, bragaos, chorreaos y más cosas, las tierras del sur de la península. Me cuidan bien, no me falta de nada, como en las bodas de tronío; pero lo mejor de todo, lo que hace que sea la admiración de quienes llegan a la ganadería o se acercan a las cinco de la tarde a una plaza de toros para ver a mi descendencia, es la percha, la percha y el trapío. Amigo mío, tengo una percha que, según los entendidos, no se puede aguantar de lo perfecta que es; algo así como un árbol en primavera. Mis leños no son grandes, comparados con otros de mi especie, pero tampoco chicos, dicen algunos taurinos, sino todo lo contrario; no gordos y no flacos sino que se hallan en el punto medio que está la virtud. Ya lo dijo Santo Tomás de Aquino “in medio virtus” ni tuertos ni bizcos, enderezaditos y a nivel que es un primor. De mí se cuentan otras muchas cosas bonitas y hablan que no paran sobre mi cuerpo serrano y sandunguero, alabando la elegancia majestuosa que derrocho y poniéndome en los altares, repiten una y otra vez que soy valiente, bravo, repetidor y bien “encarao” ¿Qué más puede desearse? Hasta el momento, quitando una mala tarde que me zarandearon de un lado para otro, haciendo que empitonara a un caballo, intentara enganchar por los cuernos a unas figuras esmirriadas que se emperraron en colocarme en los lomos banderillas a pares, de dos en dos, y así estuvieron hasta que lo consiguieron y que luego me encelaran con una capa o muleta rojas que no llegué a enganchar por más que lo intenté, hasta ese instante, digo, llegué a creerme que yo era el amo de la pradera. Luego me di cuenta, cuando me vendieron por tener un pedigrí muy bueno, yo no lo sabía, que el dueño de mis

sueños era otro, el Sr. Duque, el amo de todos nosotros. Ese sí que es el verdadero amo de la pradera y todo lo que se divisa alrededor.

Mi error, si puede llamarse así, estuvo en que las pocas veces que hablaron de mí, estando yo presente, me trataron de Duque. Duque para arriba, Duque para abajo, que si el Duque está algo flaco o que si come mucho, o el doctor debe visitar más a menudo a Duque y, también, el Duque está guapísimo.

Resulta que cuando nací me puso Duque el mayoral, si me hubiera bautizado como Campanero hubiera sido distinto, aunque también hubiera sonado mucho, que hasta aquí llegó la copla: El toro “enamorado” de la Luna. Y la escuché la intemerata.

De manera que siempre hice oídos de lo de Duque y esto me hacía presagiar que el Duque era yo, solamente yo y nada más que yo; únicamente yo en exclusiva. Craso error, pero lo creí y en torno a ese fallo urdí muchos de mis planes de futuro. Debo reconocer que hasta hoy no me fue mal, estoy mejor que quiero y el puesto que ocupo en la ganadería lo desean todos. El motivo de mi actual zozobra, de mi última angustia vital, es que me gustaría ser él, el mayoral. No estaría mal que el ganadero se cambiara conmigo, al menos durante una temporadita de cinco o seis años que no es mucho pedir, creo. Hasta la fecha no encontré maneras de conseguirlo.

El mayoral, nuestro cura encargado de bautizar a los de mi casta, me puso por nombre Duque; pero él nunca me llama por mi nombre, siempre dice: eeh, eeh- eeh, eeeeeeeeh y lo repite varias veces.

Estoy segurísimo que quiere decirme cosas, comunicarse conmigo, pero no le entiendo, no sé de qué habla. Yo le respondo muu, muu y muchas veces

muuuuuuuuu pero seguimos en las mismas, nada. Él con el eeeeeeh y yo con el muuuuuuuuu nos pasamos los días haciendo el tonto. Seguramente no hablamos el mismo idioma y parece que estamos en planetas distintos. Aún así impertérritamente seguimos con el eeeh y con el muuuuu. A veces pasamos un buen rato con eeeeeeh, eeeeeh y muuuuu, muuuuu, pero nada.

El mayoral es un tipo alto, flaco, “ennegrecio” casi tanto como yo, con una gorra de tela con listas grises. Aunque tiene muchas, es ésta mi preferida y la que no se quita ni para echar la siesta. Lleva siempre una pajita en la boca que chupa largo rato y mastica por la punta hasta que se cansa, entonces la escupe y se pone otra. Calza botas de caña alta y viste unos pantalones y chaleco de cuando era chico, hoy ya le quedaron cortos y prietos por todas partes. Acaso se deba a que es muy ahorrador. Está a la vista. En la mano siempre lleva una vara larga que coge cuando se levanta, a las del alba, y suelta para dormir.

De no ser porque le falta la barba, la bata larga y la melena hasta los hombros, se le podría confundir con Moisés; el egipcio de aquellos años de Maricastaña. Debe ser, ahora me percató, que la vara viste mucho.

En ocasiones creo que es algo tonto, no que se hace el sueco, como que no entiende o escuchó, más bien que tiene pocas luces y menos ideas. Me dan ganas de darle con el rabo un buen golpe; pero siempre acabo pensando que no es bueno para mis intereses frente a la vacada que, por otra parte debo afirmar, no me quita ojo de encima cuando me ven cerca de él. No quiero que puedan tomarme como si yo fuera de su igual y no aprecien la diferencia entre un memo y un discreto. El refrán dice: Dime con quien vas y te diré quien eres.

Hay que tomar precauciones ¿Cómo un mayoral puede ser como un Duque? Vamos, ni en sueños.

Alguna vez, pienso, se dará la ocasión propicia para demostrarlo y ocupar su lugar. Por ahora, de momento, es suficiente con el ánimo del intento, tantas cuantas veces se presente la oportunidad. Me hace ilusión imaginarme alzado sobre las patas traseras, reflejado en la charca, con la gorra listada canteada a la derecha y apoyado en la vara larga cogida por el extremo superior. Imagen divina; no la hay mejor. No creo que pueda hacer algo con pantalones y chaleco tan raquíuticos, es suficiente con la gorra y la verdasca.

Aunque sea una quimera vivir en el intento de un imposible, puede hacer que las horas parezcan más llevaderas y bonitas. Pretender lograr un sueño inviable es poco rentable, lo sabemos, y propio de majaderos, también es algo que sepamos; pero entretenido. Sirve, incluso, como pretexto para justificar un intento de superación que siempre fue cosa loable y se vio con buenos ojos, y sé que también el mayoral quiere ser algo que no es y que lo busca y lo intenta, creo. No hace más que dar vueltas por todos los lugares, como pretendiendo la omnipresencia. Piensa todos los días un buen rato, recostado bajo un olivo después de comer y ,cuando se pone en pie, chupa pajitas. Esto son signos inequívocos que desea cambiarse por alguien más superior y eso que lo pasa bien siendo lo que es, igual que yo.

Estoy por afirmar que mejor que Mayoral y Duque no vive nadie en la dehesa y eso debe ser porque somos muy buenos. Acaso por esto intentamos ser más superiores de lo que ya somos.

Mensajes

Recado de adiós

Me fue difícil, Amor, hablar contigo durante los últimos meses. Llegué a pensar y pienso que lo menos que merecen estos años compartidos era y es una conversación serena; pero he estado diciéndome demasiado tiempo: mañana podrá ser el día y vendrán las cosas más de cara, será diferente. Merece la pena. Y entre un si y un no de nuestro deshojar flores, ahora me ves, después no, hoy vengo con buena cara, mañana ni buena ni mala y cuando, ni una cosa ni otra, emergen uno de esos días que dedicas a la desaparición u otros, los menos, en los que aparentas sonreír; sin embargo, no han pasado unas horas y se te muda el rostro delatando en ti el embargo que te invade de melancolía y tristeza ¡vaya poema! De este modo, en este juego del si y el no, del blanco y el negro, he dejado en la más absoluta calvicie varios ramos de margaritas, gencianas, erigierones, charieis, anémonas y gerberas que son, creo, las más grandes y espléndidas.

Hemos tenido tiempo de hablar y no lo hicimos, nunca te hallé dispuesto y más pareciera que desde un tiempo a esta parte te comportases como ánima del Purgatorio que se manifiesta y desvanece como se difumina el humo. Ya he desistido, ya no estaré expectante viendo y esperando el resultado del deshojar de la flor. Esta mañana madrugaste más de lo acostumbrado y, cuando escuché el ruido de la puerta que cerrabas, me dije: hoy me escuchará, me escuchará y me tendrá presente, aunque sólo sea esta vez. Ya sé, tampoco hoy me vas a escuchar, por supuesto, porque me habré ido y,

como no tienes opción a la pregunta y no quiero que lo sepas, no te diré mi paradero. No me llames, el teléfono lo dejé sobre la mesa del comedor.

Cuestión de importunarte, aunque sea un poquito. En este intercambio de fastidios salgo con la peor parte. No está en mi ánimo volver a saber de ti y mucho menos verte.

Puedes opinar de mí o de esta situación lo que prefieras , lo que más se acomode a tu estado de ánimo, no me importará. Después de tanto tiempo de convivir sin notar tu presencia, de la enorme soledad que ha supuesto tu compañía ¿qué me puede importar lo que pienses?

Esta nota me recuerda unos versos del cordobés Rodrigo Caro, aquellos que comienzan con: Estos, Fabio, ay dolor, campos de soledad y mustio collado, fueron en un tiempo Itálica famosa. En eso te has convertido, en un mustio collado.

El género epistolar, para estos casos, puede venir que ni pintado. No es necesario el descararse el uno con el otro y acabar llenos de improperios.

Ciertamente que no es muy elegante ni de valientes hacer uso de esta táctica, pues es preferible vergüenza en la cara que dolor de corazón; pero más vale algo que aclare la situación que la nada.

Llevo tiempo queriendo tener contigo esta plática y no espero más. Bien, pues esos versos, los hago míos y los acomodo para restregarte despechadamente por la cara: Esta mi vida, Amor, no es campo de soledad ni mustio collado y no pienso que, durante muchos años, pase al pretérito quedando en un fue Esmeralda famosa, que soy yo. Sigue con la Itálica de entonces, pero no con la Esmeralda de ahora.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

